

mula se dan en la naturaleza lo mismo que el rudo vigor, la hilaridad ruidosa y la franca bondad. La poesía es verdadera como la prosa, y, si hay gente de buen estómago y de buenos puños, hay también artistas y caballeros. Cervantes, á quien imitáis, y Shakespeare, á quien recordáis, tuvieron y pintaron esa finura; en esa gran cosecha que traéis á brazadas habéis olvidado las flores. Acaba uno por cansarse de vuestros puñetazos y de vuestros lances de posada. Os solazáis demasiado en los establos, entre los puercos eclesiásticos de Trulliber. Se querría que usaseis de más miramientos con vuestras heroínas; por puras que sean Fanny, Sofia y mistress Heartfree, no puede uno menos de acordarse de las sorpresas en que se les han remangado las sayas. Sois tan rudo que no os hace mella lo atroz. Convencéis á Tom Jones falsamente, pero por un momento, de que mistress Williams, su amante, es su madre, y dejáis sumidos á los lectores mucho tiempo en la infamia de esa suposición. En fin, tenéis que violentaros para pintar el amor; no encontráis más que epístolas correctas; los transportes de vuestro Tom Jones no son más que frases de autor. A falta de ideas recita odas. No conocéis más que la fogosidad de los sentidos, el hervor de la sangre, la efusión de la ternura, pero no la exaltación nerviosa y el arrobamiento poético. El hombre, tal y como lo concebís, es un búfalo magnífico, y ese es quizá el héroe que necesita un pueblo que se ha llamado á sí propio John Bull, Juan Toro.

## VII

En todo caso, es poderoso y temible, y si en este momento reunís en vuestra mente los rasgos diseminados de las figuras que los novelistas acaban de hacer pasar ante vuestros ojos, os veréis transportados á un mundo semi-bárbaro y en presencia de una raza cuya energía debe espantar ó sublevar toda vuestra dulzura. Ahora abrid un copista más literal de la vida: sin duda, todos ellos lo son, y declaran, con Fielding, que, si imaginan un rasgo, es porque le han visto; pero Smollett tiene la ventaja de que, siendo mediocre, calca las figuras lisa y prosaicamente, sin transformarlas mediante la iluminación del genio; no están ya ahí la jovialidad de Fielding ni el rigorismo de Richardson para alegrar ó ennoblecer los cuadros. Mirad en él las costumbres frente á frente; escuchad las confesiones de ese imitador de Lesage, que pone á Lesage la tacha de ser alegre y de bromearse con los percances de su héroe; ved la acritud de ese rencor que quiere «levantar la indignación de los lectores contra el carácter sórdido y vicioso del mundo y presentar al mérito modesto en pugna con el egoísmo, la envidia, la malicia y la cobarde indiferencia de la humanidad». Ya no es sólo puñetazos lo que llueve, sino también cuchilladas, estocadas, pistoletazos. En esa sociedad, cuando sale de su casa una doncella, se expone á tornar hecha mujer, y cuando sale un hombre, se expone á no volver de ningún modo. Las mujeres clavan las uñas en la cara de los hombres; los caballeros bien educados, como Peregrine, tronzan á las

gentes á latigazos. Habiendo engañado á un marido que se niega á pedirle satisfacción, Peregrine hace que le zabullan en un canal. Denunciado por un vicario á quien apalea, hace que un posadero le aporree, amén de arrancarle con los dientes un pedazo de oreja. Yo citaría de memoria otros veinte atentados iniciados ó consumados. Las injurias atroces, las quijadas rotas, los palos descargados sobre gentes derribadas al suelo, la dureza desabrida de las conversaciones, la grosería brutal de las bromas, dan la idea de una jauría de mastines que se acometen ciegos de coraje, y que, cuando se ponen alegres, se entretienen aún en arrancarse pedazos de carne. Un francés á duras penas puede soportar la pintura de Roderico Random ó, mejor, la de Smollett, cuando está en el buque de guerra. Le agarran á viva fuerza, le tiran por el suelo á palos y cuchilladas, le atan como un fardo y le hacen rodar á bordo desangrándose delante de los marineros, que se ríen de sus heridas. Suplica á los que están junto á él que saquen su pañuelo del bolsillo para contener la sangre que corre de su cabeza; ellos sacan el pañuelo y le vendan con la mayor sangre fría mediante dos pintas de ginebra. El capitán Oakum declara que no quiere más enfermos á bordo y los hace subir al puente á latigazos, desfallecidos de debilidad; varios se vuelven locos; muchos mueren, y de sesenta y uno no quedan más que doce. Para penetrar en ese negro hospital asfixiante plagado de miseria, hay que arrastrarse por debajo de las hamacas hacinadas y separarlas con los hombros antes de llegar hasta los pacientes. Léase también el relato de miss William, una joven rica y de buen nacimiento reducida al oficio de meretriz, hambrienta, enferma, tiritando de frío, rodando por las calles durante largas noches de invierno.

no, entre «las miserables criaturas desnudas, llenas de andrajos sucios, amontonadas como cerdos en la esquina de una sombría calle», que llaman á los marineros borrachos para poder tener «ginebra con qué aplacar la rabia del hambre y del frío, y que descenden á la insensibilidad bestial hasta que á la postre van á morir y á pudrirse en un muladar». Esta se ve arrojada á Bridewell con la hez de la ciudad, sometida á los caprichos de un tirano que la impone faenas superiores á sus fuerzas y la castiga por no desempeñarlas, vapuleada hasta desmayarse, sacada de su desmayo á latigazos, despojada, en el interin, de cuanto tiene, gorro, zapatos, medias, «desfallecida de hambre y aspirando á morir cuanto antes». Una noche trata de ahorcarse. Otras dos mujeres que la acechan se lo impiden. «A la mañana siguiente me dieron treinta zurriagazos. El dolor, unido á la desesperación, me privó del juicio y me produjo un delirio furioso, durante el cual me arranqué la carne con los dientes y di con la cabeza en el suelo.» En vano os volvéis hacia el protagonista para descansar de tal espectáculo. Es sensual y grosero como los de Fielding, sin ser, como los de Fielding, bueno y jovial. «El orgullo y el resentimiento son los dos principales ingredientes de su carácter.» El vino generoso de Fielding, en manos de Smollett, se ha vuelto aguardiente de taberna. Sus héroes son egoístas; se vengán bárbaramente. Roderico explota á su fiel Strap, y acaba por casarle con una prostituta. Peregrine, mediante la trama más cobarde y más brutal, ataca el honor de una joven con quien debe casarse y que es hermana de su mejor amigo. Inspira odio su carácter rencoroso, concentrado, tenaz, que es juntamente el de un rey absoluto acostumbrado á satisfacerse á expensas de la

felicidad ajena y el de un zafio que no tiene más que el barniz de la educación. Causaría inquietud el vivir á su lado; no sirve más que para asombrar ó tiranizar á los demás. Se le evita como á un animal peligroso; el aflujo repentino de la pasión animal y el torrente de la voluntad fija son tan fuertes en él que cuando falla su objeto desatina, echa mano á la espada contra el posadero; hay que sangrarle; se vuelve loco. Todo lo echa á perder su orgullo, hasta sus generosidades; todo lo nubla su dureza, hasta sus alegrías. Sus distracciones son bárbaras, y las de Smollett son del mismo gusto. Extrema las caricaturas; cree divertirnos mostrándonos bocas hendidas hasta las orejas y narices de medio pie; exagera un prejuicio nacional ó un resabio de oficio hasta el punto de reducir á él todo el hombre; junta los tipos grotescos más repulsivos: un teniente Lismahago medio asado por los indios rojos, lobos de mar que se pasan la vida vociferando y disfrazando todas las ideas con su jerga náutica, solteronas feas como demonios, secas como esqueletos, ásperas como vinagre, maníacos sumidos en la pedantería, en la hipocondría, en la misantropía, en el silencio. Lejos de bosquejarlos de pasada, como Gil Blas, acentúa la pincelada desagradablemente con insistencia, y recarga el retrato con todos los pormenores, sin considerar si son demasiado numerosos, sin reconocer que son excesivos, sin comprender que son odiosos, sin experimentar que son repulsivos. Su público está al nivel de su energía y de su rudeza, y, para sacudir tales nervios, nunca herirá un escritor demasiado fuerte.

Pero, al mismo tiempo, para civilizar esa barbarie y domeñar esa violencia, aparece una facultad, común á todos, autores y público: la seria reflexión aten-

ta á observar los caracteres. Los ojos de todos se vuelven hacia el interior del hombre. Notan exactamente las particularidades del individuo y las marcan con una impresión tan precisa, que su personaje se hace un tipo que no se olvida ya. Son psicólogos. *Every man in his humour*, ese título de una comedia del viejo Ben Jonhson indica lo antigua y nacional que es en ellos esa afición. Smollett, partiendo de ese dato, escribe una novela entera, *Humphrey Clinker*. Nada de acción; el libro es una colección de cartas escritas durante un viaje por Escocia y por Inglaterra. Cada viajero, según su complexión mental, juzga diferentemente de los mismos objetos. Un viejo hidalgo generoso, gruñón, que se empeña en creerse enfermo, una solterona indigesta que anda á caza de marido, una doncella de servicio cándida y vanidosa, que estropea valerosamente la ortografía, una fila de entes originales que van sacando á escena sus rarezas: he ahí los personajes. El placer del lector consiste en reconocer el genio de cada uno en su estilo, en prever sus tonterías, en tocar el hilo que produce cada uno de sus movimientos; en comprobar la concordancia de sus ideas y de sus acciones. Llevad al exceso ese estudio de las particularidades humanas, y veréis nacer el talento de Sterne.—Figurémonos un hombre que se va de viaje con un par de lentes de extraordinario aumento. Un pelo en su mano, una mancha en el mantel, un pliegue de una prenda de vestir, le interesarán; á esta cuenta no irá muy lejos, empleará el día en dar seis pasos y no saldrá de su cuarto. De análogo modo Sterne escribe cuatro volúmenes para contar el nacimiento de su héroe. Percibe lo infinitamente pequeño, y describe lo imperceptible. Un hombre se hace la raya torcida; eso se relaciona, según Sterne, con el

conjunto de su carácter, el cual se relaciona con el de su padre, de su madre, de su tío y de todos sus ascendientes; eso se relaciona con la estructura de su cerebro, que se relaciona con las circunstancias de su concepción y de su nacimiento, las cuales se relacionan con las manías de sus padres, con el humor del momento, con las conversaciones de la hora anterior, con una cortadura del dedo pulgar, con veinte nudos hechos en un saco, con yo no sé cuántas otras cosas. Los seis ú ocho volúmenes de *Tristram Shandy* se emplean en contarlas; porque el menor y más vulgar de los accidentes, un estornudo, una barba mal hecha, trae en pos de sí una red inextricable de causas, que por arriba, por abajo, por la derecha, por la izquierda, por prolongaciones y ramificaciones invisibles, se hunden en lo más profundo de los caracteres y en los sucesos más remotos. En vez de extraer, como los demás novelistas, la raíz principal, Sterne, con precauciones y habilidades maravillosas, procura sacar la maraña de los innumerables filamentos que sinuosamente se internan y esparcen para ir á absorber por todos lados la savia y la vida. Por finos que sean, por entretreídos y profundos que estén, llega hasta ellos, los desenreda, no los rompe, los saca á luz; y allí donde no imaginábamos nosotros más que un simple tallo, contemplamos con asombro la población y la vegetación subterránea de las fibras múltiples y de las fibrillas mediante las cuales vegeta y se sostiene la planta visible.

He ahí ciertamente un talento extraño, mezcla de ceguedad y de lucidez, y que se parece á esas enfermedades de la retina en que el nervio sobreexcitado se vuelve á la vez obtuso y perspicaz, incapaz de ver lo que los ojos más ordinarios alcanzan, capaz de percibir lo que los ojos más penetrantes no distin-

guen. En efecto; Sterne es un enfermo humorista y excéntrico, eclesiástico y libertino, violinista y filósofo, «que gime por un burro muerto y abandona á su madre viva»; egoísta de hecho, sensible en palabras, y que en todas las cosas está en pugna consigo mismo y con los demás. Su libro es como una gran prendería en donde andan revueltas las curiosidades de todos los siglos, de todas las especies y de todos los países: textos de excomunión, consultas médicas, pasajes de autores desconocidos ó imaginarios, rebuscos de erudición escolástica, sertas de historias descabelladas, disertaciones, apóstrofes al lector. Se deja llevar de su pluma: ni enlace, ni plan; al contrario, cuando alcanza el orden, le deshace expresamente; de un puntapié hace rodar sobre su historia empezada el montón de los infolios contiguos y va dando trancos por encima. Se goza en desilusionarnos y en desorientarnos con las interrupciones y las esperas. La gravedad le disgusta; la tilda de hipócrita; á sus ojos vale más la locura, y se pinta á sí mismo en Yorick. En una inteligencia bien organizada, las ideas desfilan en procesión con un movimiento y una aceleración uniforme; en esa cabeza rara brincan como un tropel de máscaras en carnaval, tirando cada una de sus vecinas por los pies, por la cabeza, por un faldón, con la confusión más universal y más imprevista. Todas sus frasecitas cortadas son sacudidas; las lee uno jadeante. El tono no es jamás el mismo dos minutos: tras la risa viene un principio de emoción, después el escándalo, luego el asombro, luego la ternura, y vuelta á la risa. El maligno bufón tira y enreda los hilos de todos nuestros sentimientos, y nos hace ir de acá para allá, de una manera es-trambótica, como muñecos. Entre esos diversos hilos

hay dos de que tira más que de los otros. Como todas las personas que tienen nervios, está sujeto á enterrecimientos. No es que sea verdaderamente bueno y tierno; al contrario, su vida es la de un egoísta. Pero en ciertos días tiene ganas de llorar, y nos hace llorar con él. Se conmueve en presencia de un pájaro cautivo, en presencia de un pobre burro que, acostumbrado á los golpes, le mira con aspecto resignado, «como para decirle que no le pegue demasiado fuerte, pero que, no obstante, si quiere, puede pegarle». Escribirá dos páginas sobre la actitud de ese burro, y Príamo á los pies de Aquiles no era más conmovedor. De esa suerte, encontrará en un silencio, en un juramento, en la acción doméstica más insignificante, delicadezas exquisitas y pequeños heroísmos, especies de flores primorosas invisibles para cualquier otro, y que brotan en el polvo del más seco camino. Un día el tío Tobias, el pobre capitán inválido, después de largas tentativas infructuosas, caza un mosquito que le ha atormentado cruelmente con su zumbido durante toda la comida; se levanta, atraviesa el cuarto con su pierna dolorida, y abriendo la ventana: «Vete, pobre diablo (dice), vete. ¿Por qué he de hacererte mal? El mundo es bastante grande para contentarnos á los dos.» Esa sensibilidad de mujer es demasiado delicada; no se puede describir: habría que traducir una historia entera, como la de Lefèbre, para hacer respirar su perfume; ese perfume se evapora en cuanto se toca á él, y se asemeja al olor fugitivo de las plantas que se han llevado un instante al cuarto de un convaleciente. Lo que aumenta aún su triste dulzura es el contraste con las licencias que, como un seto de ortigas, las circundan por todos lados. Sterne como todas las personas cuya máquina anda sobre-

citada, tiene apetitos extravagantes. Le gustan las desnudeces, no por sentimiento de lo bello al modo de los pintores, no por sensualidad y franqueza á ejemplo de Fielding, no por refinamiento de placer, como los Dorat y los Boufflers. Si va á los sitios sucios, es porque son lugares prohibidos y no frecuentados. Lo que busca allí es la singularidad y el escándalo. Lo que le engolosina en el fruto prohibido no es el fruto, sino la prohibición; porque el que muerde de preferencia está marchito ó picado de gusanos. Que un epicúreo se complazca en detallar los pecadillos de una mujer linda, nada tiene de extraño; pero que un novelista se recree en expiar la alcoba de dos viejos, ó en detallar las preguntas de la viuda Wadman sobre el alcance de las heridas de la ingle, eso no se explica más que por la relajación de una imaginación pervertida que se solaza con las ideas repugnantes, como los paladares estragados gustan el sabor acre del queso picado. Así, para leer á Sterne hay que esperar los días de capricho, de *spleen* y de lluvia, en que, á fuerza de irritación nerviosa, está uno reñido con la razón. Sus personajes, en efecto, son tan poco razonables como él. Sterne no ve en el hombre más que la manía, la pasión por las fortificaciones en el tío Tobias, el flaco por las peroratas y los sistemas filosóficos en Mr. Shandy. Esa manía es, para él, como una verruga, tan pequeña al pronto que apenas se percibe, y eso sólo á una buena luz; pero he aquí que poco á poco aumenta, enrojece, y su dueño, que se recrea en ella y la admira, la alimenta hasta que se convierte en enorme lobanillo, y la cara entera desaparece bajo la excrecencia parásita que la invade. Nadie ha igualado á Sterne en la historia de esas hipertrofias humanas: toma el germen, le ali-

menta por grados; hace serpear alrededor los filamentos propagadores; enseña las venillas y las arterias microscópicas que se encuentran en su interior; cuenta las palpitations de la sangre que las atraviesa; explica sus cambios de color y sus aumentos de volumen. La observación psicológica alcanza aquí uno de sus desarrollos extremos. Se necesita un arte muy avanzado para describir, frente á la regularidad y la salud, la excepción ó la degeneración, y la novela inglesa se completa aquí añadiendo á la pintura de las formas la pintura de las deformaciones.

## VIII

Se acerca el momento en que las costumbres depuradas van á depurarla, imprimiéndola su carácter final. De las dos grandes tendencias que ha manifestado, la brutalidad nativa y la reflexión intensa, la una ha acabado por vencer á la otra: la literatura, haciéndose severa, prescribe de la ficción las groserías de Smollett y las indecencias de Sterne, y la novela completamente moral, antes de llegar á las manos casi gazmoñas de miss Burney, pasa por las manos honradas de Goldsmith. Su *Vicario de Wakefield* es «un idilio en prosa», un poco estropeado por frases demasiado bien escritas, pero en el fondo burgués como un cuadro flamenco. Ved en Terburg ó Mieris una mujer que hace su compra, un burgomaestre que apura su vaso de cerveza; las figuras son vulgares, las ingenuidades cómicas, la marmita ocupa el puesto de honor; pero aquella buena gente es tan apacible, está tan contenta con su modesta felicidad regular,

que la envidia uno. La impresión que deja el libro de Goldsmith es por el estilo. El excelente doctor Primrose es un eclesiástico rural. Tiene primos en cuadragesimo grado que van á comerse su comida y á ponerse sus botas. Su mujer, que posee toda la educación del tiempo, es cocinera consumada, sabe casi leer, sobresale en las conservas, y cuenta en la mesa la historia y los méritos de cada plato. Sus hijas aspiran á la elegancia y confeccionan aguas de tocador en la sartén, Su hijo Moisés se deja engañar en la feria, y vende el potro mediante un surtido de anteojos verdes. El, por su parte, compone tratados, que nadie compra, contra las segundas nupcias de los eclesiásticos, escribe de antemano en el epitafio de su esposa, que fué la única mujer del doctor Primrose, y á guisa de estímulo, pide en un marco sobre su chimenea ese trozo de elocuencia. Las hijas y la madre gobiernan un poco al padre de familia; él se deja llevar como un buen hombre, se permite, á lo sumo de tarde en tarde, alguna burla inocente, y se arregla en su nueva granja con sus dos caballos matalotes. «Nada podía superar á la limpieza de mis cercados; los olmos y los setos eran de una belleza inexpresable...» Nuestra casa «estaba situada al pie de un cerro, con un hermoso bosquecillo que la abrigaba por detrás, y un río parlero por delante; á un lado una pradera y al otro una extensión de cesped... Era de un solo piso y estaba cubierta de bálago, lo cual la daba un aire de atractiva sencillez. Las paredes se hallaban blanqueadas por dentro. Aunque la misma pieza nos servía de sala y de cocina, esto contribuía á que fuese más abrigada. Además, como la teníamos sumamente limpia, como la vajilla y los utensilios brillaban en los vasares, los ojos se recreaban en el conjunto, y no echaban de menos más

rico ajuar.» Trabajan en familia; van á sentarse debajo de la madreselva para beber una botella de vino de grosella; las dos muchachas cantan ó los muchachos leen, y los padres se entretienen en mirar el campo que descende á sus pies lleno de campanillas azules y de centáureas. «Otra botella, Débora, vida mía, y tú, Moisés, una buena canción. ¡Qué gratitud no debemos al cielo por habernos concedido así la salud, la tranquilidad y la abundancia! Yo me considero ahora más feliz que el monarca más grande de la tierra. El no tiene un hogar semejante, ni caras tan alegres en torno suyo.»

He ahí la dicha moral. No lo es menos aquí el infortunio. El pobre vicario ha perdido su fortuna, y, transportado á un humilde curato, se ha hecho colono. El *squire* de las inmediaciones seduce y roba á la hija mayor; la casa se incendia, y el padre se quema un brazo al salvar á los dos niños. Le encierran por deudas entre brutos y bribones que juran y blasfeman; acostado sobre paja, en medio de un aire impuro, siente agravarse su mal, prevé que su familia se encontrará sin pan de allí á poco, sabe que su hija se está muriendo; «su corazón no desfallece, sin embargo»; sigue siendo sacerdote y jefe de familia; prescribe á cada uno de los suyos su ocupación; anima, consuela, provee, ordena, predica á los presos, soporta sus bromas groseras, los reforma, establece en la cárcel el trabajo útil y la regla voluntaria. No es la dureza ni el genio hosco lo que le da fortaleza; no hay alma más paternal, más sociable, más humana, más abierta á las emociones dulces y á los afectos íntimos. No es el orgullo ni el odio concentrado lo que le permite afrontar la situación. «Yo no tengo resentimiento ahora (dice); aunque él me haya arrebatado lo que

era más caro para mí que todas las riquezas, aunque me haya destrozado el corazón (porque estoy enfermo, muy enfermo, casi á punto de desfallecer), con todo, eso no me inspirará jamás un deseo de venganza... Si mi sumisión puede agradarle, que sepa que, si en algo le he ofendido, lo deploro... Como ha sido en otro tiempo mi feligrés, yo espero un día poder presentar su alma purificada al tribunal eterno.» Todo inútil; el miserable rechaza altaneramente esa súplica tan noble; por si era poco, roba á la segunda hija y hace que encierran al hijo bajo una falsa acusación de asesinato. En ese momento se ven heridos todos los sentimientos del padre, perdidos todos sus consuelos, arruinadas todas sus esperanzas. Su corazón no es más que una llaga: se lamenta. Pero, volviendo en seguida á su profesión y á su deber, piensa en preparar á su hijo y en prepararse á sí propio para la otra vida, y, á fin de ser útil á todos los que pueda, quiere á la vez exhortar á los presos. «Pugna por incorporarse sobre la paja, pero le faltan las fuerzas y no puede más que apoyarse en la pared sostenido por su mujer y su hijo.» En esa situación habla, y su sermón es tanto más conmovedor cuanto más contrasta con su estado. Es una disertación á la inglesa, un tejido de razonamientos exactos, cuyo objeto es probar que, según la naturaleza del placer y del dolor, los desgraciados sufren menos que los felices por abandonar la vida, y gozan más que los felices al obtener el cielo. Se ven allí las fuentes de esa virtud, nacida del cristianismo y de la bondad natural, pero alimentada copiosamente por la reflexión interior. La meditación, que por lo común no produce más que frases, conduce en él á acciones. Aquí la razón ha tomado verdaderamente el gobierno de todo lo demás, y le ha tomado sin oprimir á lo de-

más: raro y elocuente espectáculo que, reuniendo y armonizando en un solo personaje los mejores caracteres de las costumbres y de la moral de ese tiempo y de ese país, hace admirar y amar la vida piadosa y ordenada, doméstica y disciplinada, laboriosa y rústica. La virtud protestante é inglesa no ha formado un modelo más ejemplar y amable. Religioso, afectuoso, razonador, concilia disposiciones que parecían excluirse; eclesiástico, labrador, padre de familia, realza caracteres que no parecían á propósito más que para crear tipos cómicos y vulgares.

## IX

En el centro de ese grupo descuella un personaje extraño, el más acreditado de su tiempo, una especie de dictador literario. Richardson es amigo suyo y le proporciona ensayos para su periódico; Goldsmith, con una vanidad candorosa, le admira sufriendo al verse siempre eclipsado por él; miss Burney imita su estímulo y le reverencia como un padre; el historiador Gibbon, el pintor Reynolds, el actor Garrick, el orador Burke, el indianista Jones, van á su club á hacerle coro; lord Chesterfield, que ha perdido su favor, se esfuerza inútilmente en recuperarle proponiendo concederle la autoridad de un Papa sobre todas las palabras de la lengua; Boswell le sigue los pasos, anota sus frases, y por la noche llena volúmenes con ellas. Su crítica es ley, todo el mundo se agolpa para oír sus conversaciones; es el árbitro del estilo. Traslademos con la imaginación á Francia á ese príncipe de la inteligencia, coloquémosle en nuestros lindos salones de

filosofía elegante y de costumbres epicúreas; la violencia del contraste marcará mejor que todo razonamiento el sello y las predilecciones del espíritu inglés.

Se veía entrar á un hombre enorme, de anchuras de toro, de altura en proporción, de aspecto sombrío y rudo, de ojos parpadeantes, con profundas cicatrices de escrúfulas en la cara, con la camisa sucia, melancólico de nacimiento y maniático por remate. En medio de una tertulia se le oía mascullar de repente un verso latino ó una oración. Otras veces, en el hueco de una ventana, meneaba la cabeza, agitaba el cuerpo de adelante á atrás, y tan pronto alargaba como retiraba convulsivamente la pierna. Su compañero refería que había querido llegar con el pie derecho á toda costa, y que, no habiéndolo conseguido, había vuelto á probar con profunda atención, contando uno á uno todos sus pasos. La gente se sentaba á la mesa. De pronto se le iba el santo al cielo, se bajaba y sacaba en la mano el zapato de una señora. Apenas servido, se abalanzaba á la comida, «como un buitre, con los ojos fijos en el plato, sin decir una palabra, sin escuchar una palabra de lo que se decía alrededor», con tal voracidad, que se le hinchaban las venas de la frente y se le veía correr el sudor. Si por acaso la liebre estaba apuntada ó el pastel se había hecho con manteca rancia, no comía ya, devoraba. Cuando al fin saciaba su apetito, y se dignaba hablar, disputaba, vociferaba, hacía de la conversación un pugilato, arrancaba de cualquier modo la victoria, imponía su opinión doctoral é impetuosamente, y ponía de vuelta y media á las personas á quienes refutaba: «Caballero, veo que sois un miserable whig.—Señora mía, no habléis más de esto; la tontería no puede defenderse más que con la tontería.—Caballero, he querido ser des-